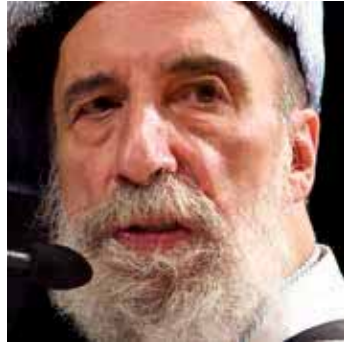


Solemne Acto de Investidura
como *Doctor Honoris Causa*



del Sr. Raúl Zurita Canessa



Universidad de Alicante
5 de marzo de 2015

Solemne Acto de Investidura como *Doctor Honoris Causa*



del Sr. Raúl Zurita Canessa

U n i v e r s i d a d d e A l i c a n t e



5 de marzo de 2015



- *Laudatio* pronunciada por el Sr. José Carlos Rovira Soler con motivo de la investidura como *Doctor Honoris Causa* por la Universidad de Alicante por la Universidad de Alicante del Sr. Raúl Zurita Canessa

En septiembre de 1973, en el puerto de Valparaíso, un joven que estaba encerrado en la bodega de un carguero llamado Maipo miraba a través de una escotilla un cielo estrellado cuya intensidad quedaría para siempre en su memoria. Su mejilla dos años después sería también aquel cielo estrellado...y allá por 1979, cuando apareció un extraño libro poético titulado *Purgatorio*, podíamos ver en él desde el principio la peripecia de una autolaceración expresada como fusión última de vida y poesía, aunque la vida se desarrolle y la poesía surja quizá en aquel espacio desesperado y en el límite de tantas cosas que llamamos desequilibrio.

En 1979, cuando apareció *Purgatorio*, como cuando se publicó *Anteparaíso* en 1982, sólo un reducido número de personas se percataron y anotaron que estaba surgiendo un lenguaje nuevo y difícil en la poesía chilena y latinoamericana, en la poesía escrita en castellano a ambos lados del Atlántico, acostumbrada desde siempre a lecciones vigentes de gran literatura; muy pocos vieron que detrás de aquellas referencias, dantescas ¿verdad?, había un poeta que se estaba jugando la vida y la poesía al azar más difícil de la palabra, buscando construir una alegoría del vivir en la que lo complejo venía determinado por la historia, el amor y las naturalezas en una consistencia que iba a ser duradera y variante hasta nuestros días.

Aquel libro inicial fue también el despliegue de una psicosis que permite cambiar de personalidad para narrarnos un mundo agobiante, en el umbral de una sicopatía de la que sólo puede salvar la escritura, pero si esto fuera sólo el material poético estaríamos probablemente ante un texto curioso, aunque menor; pero, entre muchas otras cosas, el libro es el primer descubrimiento de la naturaleza chilena como una trayectoria que va a ser permanente y hasta reiterada. El libro es por ejemplo el descubrimiento del Desierto de Atacama, comenzando por “A las inmaculadas llanuras”:

Dejemos pasar el infinito del Desierto de Atacama

Dejemos pasar la esterilidad de estos desiertos

Conseguimos vivir allí alguna vez el desierto que sigue a Zurita desde el principio, recuerdo la compañía en los días de Atacama de los libros del poeta que permitían descubrir y rememorar las sensaciones de aquella naturaleza en la que nos podíamos repetir: “Como un sueño el silbido del viento/ todavía recorre el árido espacio de/ esas llanuras”...

Con aquellos libros, había nacido a la poesía Raúl Zurita, venido al mundo en Santiago de Chile en 1950, descendiente de emigrantes italianos por su parte materna, con aquella abuela, Veli, que recitaba al niño fragmentos de la *Divina Comedia*, y es

Zurita un ejemplo poético sobre el que estos días hemos debatido ampliamente en esta casa más de cincuenta especialistas en su obra, lectoras y lectores, amigas y amigos del poeta que encontramos en su amplia producción espacios de sorpresa atenta e incluso de emoción. Nos llamó fuertemente la atención la naturaleza en primer lugar y nos llamó enseguida la atención la historia en la que se entrecruzan palabras y sensaciones que construyen la memoria.

Un día, ante las grandes lápidas que forman el Memorial de los asesinados y desaparecidos por la dictadura, en el Cementerio General de Santiago de Chile, pudimos leer un verso que preside algunos millares de nombres. “Todo mi amor está aquí y se ha quedado pegado a las rocas al mar y a las montañas” que es una frase de amor central en el *Canto a su amor desaparecido*, que la Editorial Universitaria, la de la Universidad Diego Portales, coló a la censura dictatorial en 1985. Hemos hecho de este verso recuerdo de Raúl Zurita en varias ocasiones en este Campus, entre ellas hace unos momentos cuando una araucaria plantada por el poeta sirve ya para conmemorar en el tiempo el recuerdo de lo que estamos haciendo estos días.

Con estos versos celebramos al autor de *La vida nueva*, otro título dantesco con el que en 1994 cantó la naturaleza chilena y la vida en aquel espacio en el que los ríos se aman, y en el que el amor de Chile recrea paisajes e historia. “La vida nueva” había sido también el título de un poema que, en junio de 1982, el humo blanco que esparcía la propulsión de cinco avionetas, trazó en 15 frases en el cielo de Nueva York. También, “Ni pena ni miedo”, la frase que cierra el libro de 1994, es la escritura quilométrica con excavadoras en el desierto de Atacama de la negación necesaria de dos palabras con las que era difícil sobrevivir en un país que intentaba superar la trágica historia reciente.

La exposición con el título *Escritura material*, cuyo comisario es Ramón Castillo y que está en el Museo de nuestra universidad desde anteaer en que fue inaugurada, les servirá sin duda a todos ustedes para seguir la conmoción que provoca su escritura celeste y terrestre, la que tiene diseños, proyectos, imágenes y figuraciones que confluyen en la obra de Raúl Zurita en la doble dimensión de un arte de la tierra (el “land art” de los años 60) y de un arte americano por su condición grandiosa de arte en la naturaleza. Para la dimensión de un arte americano, recordamos siempre las palabras del propio Zurita en *Los poemas muertos*:

No esculpimos el *Moisés* ni la *Pietà*, no nos fue dada la cúpula de San Pedro, pero están los Andes, la vastedad del Pacífico y los glaciares, la visión del desierto de Atacama transparentándose frente al océano. Es eso: no pintamos el *Juicio Final*, pero nos tocó el color de los desiertos —el color más parecido al de nuestras caras- (pág. 8).

Hemos dedicado estos días una “Página de autor Raúl Zurita” en la Biblioteca Virtual Cervantes y en ella podrán seguir las líneas principales de su producción, incluso los episodios visuales de su escritura material, y hasta leer algunas obras íntegras del autor que generosamente ha cedido.

He considerado siempre *La vida nueva* como obra central, porque en ella los lectores del Zurita de la autodestrucción o de la proximidad de la salvación, se encontraban de pronto sobre todo ante naturalezas, sin olvidar pulsiones, recuerdos y escenas

personales de desastre o amor, escenas alucinadas donde de pronto aparecía un paisaje omnipresente de ríos, playas, desiertos, nubes, nevados, rompientes... también rostros en aquel paisaje... también la entrada primera, a través de geografías oportunas, en el mundo indígena mapuche cuya lección va desde los ríos de la tierra al gran río del cielo, Futaleufú. Los lectores con esa obra pudieron pensar que Zurita salía de su mundo destructivo con un canto al mundo natural. Y era fácil interpretar que entrábamos en un canto general, con épica clausurada, pero testimonio de la naturaleza chilena como lo fue el de Neruda. Pero, al ir leyendo los poemas, notamos que la naturaleza es amor, y violencia, y movimiento, comprendemos que ésta consigue reflejar un vivir con sus pasiones y sus muertes, como el de los seres humanos; logra expresar una forma de alma universal y dinámica que responde a una construcción panteísta, repleta sin embargo de motivos cristianos, de falsos versículos que firman falsos profetas, de verdaderos versículos que firman verdaderos profetas, de invenciones de fuentes o de usos geográficos concretos entre aguas que se abren en un éxodo chileno y bíblico, o salmos:

Entonces, desmembrados de amor, como muñones
a la deriva; así entramos en el mar.
Arrancados, igual que los paisajes que nos iban
cargando hasta doblarnos traspasados bajo las
montañas, a pedazos, estrujándonos entre los
paredones de las aguas.

El mundo sigue construido como desolación y el canto natural es humano, rastrea naturalezas del dolor, donde también el amor y algunos recuerdos —pequeñas plenitudes— permiten supervivencias. La naturaleza nos permite sobrevivir en un mundo que sobre todo es violento, aunque ella misma refleje, en intensa personificación, la violencia.

Si en 1994, *La vida nueva*, cerraba y abría un período de su obra, quedaban flotando temas que se recuperarían en libros como *Inri* (2003), donde de nuevo la represión causada por la dictadura chilena se convierte en carnadas humanas que caen sobre ríos y mares alucinantes, torbellinos de peces que son tumbas en la alegoría desolada de la historia sufrida.

Empezaba en esos años de comienzos de nuestro siglo una escritura que ha sedimentado su último libro, titulado *Zurita*, un volumen de 750 páginas publicadas en 2011 y 2012 en tres ediciones en Chile, México y España, un volumen que, como cronología interna, tiene fragmentos de vida del autor que estructuran la obra:

Un título, “Tu rota tarde” comienza situando un poema inicial en la tarde del 10 de septiembre de 1973 —el día antes del golpe de estado fascista que cambió la vida a Zurita y al pueblo chileno— cuando se entremezclan una manifestación, su griterío, sus consignas y cantos, con “el pedrerío reseco del Pacífico”, con Valparaíso, con confusiones temporales de “una vida rota” que nos llevan al “desahuciado atardecer”. La historia mezclada con la autobiografía y la naturaleza son una constante ya que va a recorrer esta obra, aunque éste sea ya un recurso surgido en su primer libro.

A “Tu rota noche” la precede un poema titulado “Imborrables erratas” que abre desvelos entre las últimas manifestaciones del 10 de septiembre, cabeceos insomnes en mesas de café, jóvenes comunistas entre los que estaba el autor que han gritado las últimas consignas del día, el puerto de Valparaíso, el temor a que el sueño signifique la muerte, y la imagen indeleble de los tanques que comienzan a horadar “la luz cenicienta del amanecer”. La serie de poemas que siguen se abre con un mar bíblico, cuyas aguas están apartadas y abiertas tras el último desfile, un mar que permitirá la huida, abrazado por una madre y sus lágrimas en el interminable desierto, hasta que se funden con la muchedumbre que huye...siguen recuerdos infantiles entremezclados con el Éxodo... naturalezas, recuerdos culturales entrelazados...

“Tu roto amanecer” está precedido por la indicación de que “ya es 11 de septiembre” y una construcción onírica lleva seguramente a espacios familiares seguros, una casa con los mismos muebles y cuadros, una madre con un niño en brazos que no puede mirar a quien narra el episodio, mientras el éxodo continúa protagonizado por una humanidad que grita, mientras el poeta también grita mirando la casa familiar en medio de la tierra devastada...

El decurso de un día es el acaecer que ordena e identifica la estructura del libro, entremezclando siempre historia, recuerdos familiares, retazos autobiográficos...y, es evidente ya, uniendo naturalezas y culturas en un acontecer que probablemente es irresumible, porque un día nos lleva a un tiempo memorial que es el del poeta y a un tiempo histórico que es a veces el de la humanidad. *Zurita* son 750 páginas que, al resolver su última producción, recuperan elementos y estructuras del decir poético iniciado en 1979.

Podría seguir deambulando por la amplitud de su obra y podremos seguir desvelándonos con ella. Podría haber contado también que Zurita es uno de los grandes poetas que han conseguido crear un lenguaje de amor, y recordar incluso poemas como “Guárdame en ti”, o “Porque allí vive mi corazón”, preferidos junto a tantos otros. Podría hablar incluso del poeta que llegó a escribir una vez poesía militante, política, cuando consideró necesario, allá por el 2000, que debía hacerla.

Podría hablar de otros libros poéticos que son esenciales como la serie que fue apareciendo previa a *Zurita*, pero que formaba parte del mismo proyecto: *Las ciudades de agua, Cuadernos de guerra, Sueños para Kurosawa...* la posibilidad de una “obra en progreso” que sorprendía en cada fragmento de su aparición, la posibilidad abierta de la palabra que reconstruía un itinerario y un universo que alguna vez he intentado definir con la óptica de un caleidoscopio, en el que la reiteración de un cristal, la misma asociación, no solamente no impide sino que favorece la infinita posibilidad de la imagen.

Podría recordar también algunos ensayos teóricos sobre pintura —excepcional su visión sobre Francis Bacon entre la cruz y la nada- o sobre la poesía, sus mitos, sus lenguajes y su supervivencia, como *Los poemas muertos*, un ensayo necesario para entender su universo cultural. Podría comentar también su entrada a la novela autobiográfica con *El día más blanco*, que es imprescindible para reconstruir la primera trayectoria personal, la de la infancia.

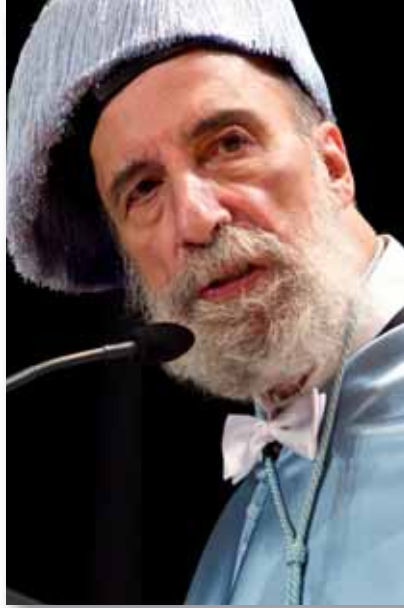
Podría haber reconstruido momentos biográficos de amplia dimensión social como el tiempo del Colectivo de Acciones de Arte, que desde 1979 a 1983 mantuvo algunas sonadas *performances* de confrontación con la dictadura.

Les podría hablar también del Zurita antólogo, el que varias veces ha reconstruido el espacio poético de la más joven poesía chilena.

Pero es el momento de concluir. Y lo haré, antes de decir la fórmula habitual, con un recuerdo personal de algunos nombres que pedirían lo mismo que yo en este caso. Estoy seguro de que la petición del Doctorado honoris causa para Raúl Zurita hará que, desde la nada, el cielo o donde se encuentren, digan que sí a lo que solicito algunas figuras que tienen que ver con su universo cultural, social, poético y personal. Entre ellas estarán corroborando lo que pido, sin duda, Pablo Neruda, Víctor Jara y Salvador Allende.

Así pues, considerados y expuestos todos estos hechos, dignísimas autoridades y claustrales, solicito con toda consideración y encarecidamente ruego que se le otorgue y confiera al poeta Raúl Zurita, a este ejemplo de palabra, historia, naturaleza, desolación y esperanza, el supremo grado de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alicante.

DISCURSO



- Discurso pronunciado por el Sr. Raúl Zurita Canessa con motivo de su investidura como *Doctor Honoris Causa* por la Universidad de Alicante

Agradezco profundamente a las autoridades de la Universidad de Alicante y muy en especial a su Rector, Manuel Palomar, el Doctorado Honoris Causa que hoy me han conferido. Es un altísimo honor que valoro profundamente. Hace 15 años fui invitado por el Centro de Estudios Mario Benedetti de esta prestigiosa Universidad iniciando un diálogo, ininterrumpido desde entonces, que para mí es tan entrañable como imprescindible. Colegas, amigos tan queridos, continuaremos la conversación. Agradezco a cada uno de los profesores, estudiantes, personal de la universidad de Alicante con quienes he tenido el honor y el placer de interactuar en tantas ocasiones. Les doy mis más sentidas gracias a todos los que se reunieron en las Jornadas en torno a lo que se supone es mi obra, asegurándoles que el haber escrito algunos libros no me da el derecho de crearme su autor. Aunque yo mismo diga mi obra, no soy su autor, sí lo es el mar general del habla de donde todo surge y a donde todo vuelve. Amigos, les he manifestado mi gratitud, ahora debo hablarles de mi vergüenza. Lo que les leeré a continuación se titula “Son importante las estrellas: Poesía y adversidad”. Y efectivamente tiene que ver con la vergüenza, con la adversidad, con la poesía y con las estrellas.

SON IMPORTANTE LAS ESTRELLAS Poesía y adversidad

Helena: -Yo nunca estuve en Troya, era solo mi sombra.

Menelao: -¿O sea, que solo por una sombra sufrimos tanto?

Está en la tragedia *Helena* de Eurípides, y es como si en la casi insoportable belleza de ese diálogo estuviera contenido el desencanto de la humanidad entera. Son millones de millones de parlamentos, de preguntas, de reproches: *¿O sea, que por solo una sombra sufrimos tanto?* Es decir: ¿que solo por espejismos nos hemos hecho pedazos? ¿por creencias todas igualmente falsas? ¿por amores que jamás serían correspondidos? ¿por playas que nunca existieron? Es posiblemente el diálogo más conmovedor de la historia de la literatura y sin embargo nunca debió ser escrito, nunca debió existir Troya, nunca debió existir la literatura. La tarea no era escribir poemas ni pintar cuadros; la tarea era hacer de la vida misma una obra de arte y los restos triturados de esa tarea cubren el mundo como si fueran los escombros de una batalla cósmica que se ha perdido. Esos restos son el arte posible; aquella infinidad de poemas, de sinfonías, de cuadros y frescos que desde los cantos homéricos hasta el *Guernica* de Picasso, repletan los muros y las bóvedas de los museos, las bibliotecas y librerías, las salas de conciertos, y que como pájaros

carroñeros incontables artistas, poetas, compositores, van recogiendo y firmando con sus nombres como si cada uno de esos restos no fuera el testimonio más indelible de una batalla innumerables veces perdida. Yo no hubiese querido escribir poemas, lo que hubiese querido es que no existiesen gran parte de las razones que llevan a los seres humanos a escribir poemas. Hay un canto que es absolutamente superior a todos los cantos de *La Ilíada* y es que *La Ilíada* nunca hubiese existido porque eso significaría que los extremos de la violencia y de la locura de los que ese poema tuvo que dar cuenta nunca sucedieron. A diferencia de esas sombras que creen haberlos escrito, esos restos a menudo sobrecogedores que llamamos poemas no aspiran a la inmortalidad sino al olvido. No es el *Non omnis moriar, No moriré del todo* de la famosa Oda 30 del libro tercero de Horacio, sino el sueño de que absuelta finalmente de la condena de tener que testificar los actos humanos, la poesía, tal como la entendemos, se disuelva en un mundo que ya no la requiere porque cada segundo de la existencia ha pasado a ser un acto creativo. A esa distancia entonces que media entre el poema que escribo y el horizonte final de la vida misma como la más grande obra de arte es a lo que he llamado “la adversidad”.

En la madrugada del 11 de septiembre de 1973, en Valparaíso, día del golpe militar en Chile, fui detenido mientras me dirigía a la Universidad Técnica Federico Santa María donde estudiaba Ingeniería después de una noche en blanco, y encarcelado en la bodega del carguero Maipo, uno de los tantos barcos que fueron usados como campos de detención y de tortura. Seríamos al menos ochocientos en un lugar en el que apenas cabrían cincuenta y el hacinamiento y el cansancio nos hacía doblarnos unos contra otros sin que pudiéramos terminar de caer por la falta de espacio. Las paredes de acero del buque nos aislaban completamente y el único contacto que teníamos con el exterior, fuera de las golpizas cuando nos subían a cubierta, era el cuadrado del cielo que, diez metros más arriba, recortaba la escotilla del techo desde donde nos vigilaban. En ese pequeño trozo de cielo se veía amanecer, avanzar la mañana, caer la tarde. En las noches despejadas se alcanzaban a ver algunas estrellas, unos opacos punto de luz infinitamente lejanos que es como se pueden ver las estrellas desde el fondo de la bodega de un barco. A veces cerraban la escotilla y echaban a andar los motores del barco. La oscuridad era absoluta y en el hacinamiento solo sentía la masa multiforme de los cuerpos estrechados con el mío que se deformaban y volvían a formarse como una ameba negra. Nada hay que palpite más que ese amasijo de estómagos, de torsos, de brazos, de piernas, pegados en la más completa oscuridad. Es un latido casi ensordecido, como si no fuera solo el presente sino que fuese el palpito de la humanidad entera confinada en la bodega de un barco.

Hablo entonces de esa resistencia instalada en el corazón de las cosas que nos impide la dicha y que, como un vaticinio o una constatación, parecía ya instalada en el primer verso del primer poema de una historia que también nos incluiría: “Cólera, canta oh diosa la de Aquiles hijo de Peleo”. No dice diosa canta la belleza, el heroísmo, la compasión de Aquiles. No; dice canta la cólera. Y la cólera es la cólera. Porque cómo se podría escribir algo así si no fuese porque es el relato de una furia que no ha cesado ni un segundo; en este momento, en algún lugar, hay una ciudad que está siendo bombardeada, hay un barrio que está siendo arrasado, y es la permanente reiteración de esa violencia la que pareciera mostrarnos que no hemos salido de la época homérica. Más aún, es como si cegados en un amanecer lleno de sangre, toda esa amalgama de tiempos contrapuestos, de

visiones, de avances y oscuridades, que sin más llamamos antigüedad, medioevo, renacimiento, modernidad, no fuesen más que los retazos de un sueño repetido una y mil veces donde la vista de Troya y de su inminente destrucción, era también el anuncio de las infinidades de Troyas que aún le aguardaban al mundo. Detenidos frente a los muros de una misma ciudad desde hace tres mil años permanentemente sitiada y permanentemente destruida, la historia de la poesía es el gran catastro de la adversidad y de los incontables nombres que toman las desgracias: Helena, Menelao, Héctor, Andrómaca y las cenizas de sus palacios arrasados: Auschwitz, Hiroshima, Nagasaki, Bagdad ,Gaza.

Es también el registro de la compasión. Nunca he logrado expresarlo con claridad, pero es esto: En 1993 la fotografía de dos jóvenes muertos que yacían abrazados sobre un puente a la salida de Sarajevo recorrió el mundo. Él era serbio y ella musulmana y les dispararon mientras intentaban huir de la ciudad para casarse. De inmediato los medios publicaron la foto bajo el titular: “Romeo y Julieta en Sarajevo”. Pues bien, exactamente para que nunca esa foto hubiese existido, es decir, para que nunca más dos jóvenes deban morir víctimas de conflictos que los anteceden, es que Shakespeare escribió *Romeo y Julieta*. Todos los grandes poemas, desde las primeras epopeyas, hasta la estremecedora poesía de los nuevos jóvenes chilenos, son el intento más vasto y desesperado por erigir desde este lado del mundo, desde el rostro martillado de lo humano, una piedad que preserve a los que vengán de los horrores que esos poemas tuvieron que narrar. Le correspondió a la poesía, es decir, a esos escombros triturados de una lucha hasta hoy perdida, ser el descomunal registro de la violencia y paralelamente el registro no menos descomunal de la compasión.

Cada ser humano es el puerto de llegada de un río inmemorial de difuntos y en cada palabra que nos decimos, aquellos que nos antecedieron vuelven a tomarse la voz. La historia de una lengua es la historia de las infinidades de seres que yacen en cada sonido que hablamos, y cuando volvemos a usar esos sonidos, esas pausas, esos acentos, les estamos dando a ese mar antiguo de voces los sonidos de un nuevo amanecer. Porque hablar es hacer presente a los muertos. Una lengua antes que nada es un acto de amor, ella es el “Amor constante más allá de la muerte” de Francisco de Quevedo, y nos sobrepasa infinitamente porque es la única resurrección que nos muestra el mundo. En el sonido de una lengua está el sonido de sus muertos y cada palabra que decimos es coreada por los muertos que renacen en ella. Una lengua es el sonido de todos los que la hablan y de todos los que la han hablado, la lengua que hablamos es la permanente ejecución de la partitura que nos va dejando la lengua de los que hablaron. Todo lo que escuchamos y decimos es la grandiosa reinterpretación que los vivos van haciendo de la sinfonía que han ejecutado los muertos. La música de un idioma es eso y esa música lo cubre y lo integra todo y sus notas son permanentemente desbordadas por las infinidades de difuntos que reviven en cada sílaba de las lengua que hablamos. Bien, la lengua materna devuelve a sus muertos en las palabras de los vivos, el mar de sus difuntos canta entre las orillas del idioma. Pero a los otros, a los arrasados, marginados, expulsados en y por la lengua que hablamos ¿quién nos lo devolverá?

Es la pregunta que abre el nacimiento de la poesía en América. A finales del siglo XVI, un mestizo peruano, el Inca Garcilaso de la Vega, después de contar en los *Comentarios Reales de los Incas* el esplendor de un mundo que acababa de desaparecer, escribió una segunda parte donde narra la muerte violenta, unos en manos de otros, de los que protagonizaron la conquista del

Perú. El libro termina con el relato de la ejecución del primer Tupac Amaru en la plaza del Cuzco en 1562; camino al patíbulo un emisario va enunciando a viva voz las culpas por la que se le condena a muerte. El inca al oírlo, le pide al fraile que va a su lado que le traduzca, pues no entiende el castellano, es decir, no entiende la lengua en la que están las razones por las que lo van a matar, transformándose así en la primera víctima simbólica de la lengua que yo hablo. El golpe es impresionante porque las razones por las que todos debemos morir, siempre están expresadas en un idioma extranjero, en un idioma que jamás entenderemos.

Paralelamente en el poema *La Araucana* de Alonso de Ercilla, quien participó como soldado en la guerra de conquista en el sur de Chile, hay un pasaje, exactamente en el Canto XX, que debería ser nombrado el “Pasaje de la compasión”. En él Ercilla cuenta que una noche estando de guardia frente a un campo cubierto con los cadáveres que los araucanos dejaron tras de sí después de haber sido rechazados, ve una sombra que se desliza entre los muertos. Corre entonces hacia ella y cuando esta a punto de descargarle su espada, se da cuenta que es una mujer, Tegualda, que está allí buscando el cuerpo de su amado Crepino. Ercilla escucha su relato y movido por la compasión, ayuda a Tegualda a buscar el cadáver y finalmente cuando ella lo encuentra, Ercilla le ordena a unos indios a su servicio que con las primeras luces del alba carguen el cuerpo hasta los deslindes de un bosque cercano donde su pueblo pueda recogerlo y rendirle las honras fúnebres. La grandeza de ese acto central, presente también en *La Iliada*, radica en que es Alonso de Ercilla, es decir el poeta, quien devuelve el cadáver del enemigo a sus deudos. Ambos relatos, el de la decapitación del Inca Garcilaso, y el de la piedad de Alonso de Ercilla, son los que inician esa forma nocturna y sublime con que la poesía hispanoamericana ha intentado una y otra vez inventarles un nuevo mundo a nuestras derrotas, esto es, entregar los cuerpos que nuestros países, y mi país en particular, aún no nos han entregado.

Es lo que he tratado débil, precariamente, de mostrar en lo que he escrito. He imaginado en medio del horror de la dictadura sagas inacabables que se me borraban al amanecer, poemas alucinados y heridos donde el Pacífico flota suspendido sobre las cumbres de los Andes y donde el desierto de Atacama se eleva como un pájaro sobre el horizonte. Escribir esos poemas fue mi forma íntima de resistir, de no enloquecer, de no resignarme. Sentí que frente al dolor y al daño había que responder con un arte y una poesía que fuese más fuerte que el dolor y el daño que se nos estaba ca. No se trataba de lanzar andanadas de pequeños poemas de combate, sino de algo mucho más arrasado, más luminoso, más sordo y violento. Pero para eso había que aprender a hablar de nuevo, comenzar desde cada letra, porque ninguno de los lenguajes que existían antes servían para dar cuenta de la magnitud de lo que había sucedido y continuaba sucediendo. Siento que los escombros de esos años están allí, en esos intentos, y que dictados por un deseo que nos sobrepasa los poemas no son sino los sueños que sueña la Tierra, los sueños con los que intenta lavarse del sufrimiento humano, y que uno no puede nada frente a eso sino apenas grabar una pequeñas marcas, unos mínimos retazos que quizás sobrevivan al despertar.

Yo viví en Chile en los años de la dictadura y sobreviví a ella y a mi propia autodestrucción. El año 1975 después de un episodio humillante con unos soldados me acordé de la frase del evangelio de poner la otra mejilla y entonces fui y quemé la mía. Estaba completamente solo encerrado en un baño, pero sentía el mismo latido de los cuerpos pegados al mío en la oscuridad

de la bodega del Maipo, como una ameba negra, volví a pensar. No sabía bien por qué lo hacía, pero allí comenzó algo. Recordé que de niño había visto un avión que volaba en círculos trazando con humo blanco el nombre de un jabón para lavar ropa e imaginé de golpe un poema escribiéndose en el cielo. Por qué justo en ese momento me acordé de esa escena, nunca lo sabré, pero fue instantáneo y en no más de 10 minutos tenía las frases que lo compondrían. Supe entonces que aquello que se había iniciado en la oscuridad total de una bodega repleta de prisioneros a la que acababan de cerrar la compuerta, debía concluir algún día con el vislumbre de la felicidad. Dos años más tarde pensé en una escritura sobre el desierto que solo pudiese ser vista desde lo alto. Solo diría “ni pena ni miedo”, y estaría surcando un país donde casi lo único que había era pena y miedo. Nadie debe dañarse, para eso bastan los otros. Sin embargo, hay imágenes de todos esos años que no me abandonan. En 1982 vi recortarse sobre Nueva York las quince frases del poema en el cielo y su registro forma parte del libro *Anteparaíso*. En estos días, mirando esas fotografías en el bellissimo Museo de esta Universidad, me di cuenta que el trasfondo de ese poema no es el cielo iluminado sino la noche, la oscuridad de todas las prisiones, de todas las cárceles clandestinas, de todas las bodegas usadas como jaulas de hombre, de todos los cuartos donde hay seres humanos que van a matar. Las quince frases del poema no están trazadas sobre el azul del cielo de esas fotografías, están trazadas sobre lo más oscuro de nuestro mundo.

Es, como les digo, parte de lo que he intentado. Un poeta español, aun joven y sin duda bueno, planteó que quien no era capaz de escribir un soneto no era un poeta. Quisiera crearle, yo mismo he escrito decenas de sonetos, ninguno desgraciadamente que iguale a los de Francisco de Quevedo por lo que los he roto sin piedad. Ignoro si este poeta lo ha logrado, pero me temo que su requisito no es suficiente. No se trata de escribir o no un soneto, se trata de matar a un hombre. Quien no es capaz de matar a otro hombre no será jamás un artista: pero quien lo hace es infinitamente menos que eso: es un asesino. En ese borde habita el arte. No hemos sido felices, tal vez esa es la única frase que podamos sacar en limpio de la historia y la única razón del por qué se escribe, del por qué de la literatura. Y sin embargo esos restos, esas montañas de cuadros y poemas, de frescos y sinfonías, son también la única prueba de que ha habido una batalla y que ella continúa dándose: la que segundo a segundo libran millones y millones de seres humanos sobre la faz de la tierra por convertirse en seres humanos y por continuar siéndolo. Creo que todo lo que puedo haber hecho está allí, en esos intentos. He escrito desde un cuerpo que envejece, que se dobla, que se rigidiza, que tiembla, pero también sobre ese cuerpo, sobre sus dolores, sobre los dolores que yo mismo le ha causado a otros y los que yo me he infligido, sobre su piel. Siento que se escribe desde una cierta irreparable desesperación y, a la vez, desde una extraña alegría. Extraña porque es como si naciera de la imposibilidad de la dicha. Del encuentro de esos fantasmas nace la escritura. La escritura es como las cenizas que quedan de un cuerpo quemado. Para escribir es preciso quemarse entero, consumirse hasta que no quede una brizna de músculo ni de huesos ni de carne. Es un sacrificio absoluto y al mismo tiempo es la suspensión de la muerte. Es algo concreto, cuando se escribe se suspende la vida y por ende se suspende también la muerte. Escribo porque es mi ejercicio privado de resurrección.

Pero en rigor, toda obra es un ejercicio de resurrección; emerge por un segundo del mar general del habla del que todo surge y al que todo vuelve. Porque, en suma, sea lo que sea que afirme o desmienta una obra, lo que nos está diciendo, es que no

hemos sido felices, que si lo hubiésemos sido el arte no habría sido necesario porque cada instante de la vida habría sido la más impresionante de las sinfonías, el más vasto de los poemas. Todos los poemas entonces, desde las primeras epopeyas, son el intento más desesperado por levantar desde la vida, desde el rostro de lo humano, una misericordia por cada detalle del mundo. Por nuestra indefensión, por nuestra necesidad de amor, por nuestra indescriptible y tímida ternura, e intentar la demente pasión de la esperanza. Y no me refiero a una esperanza a medias, a una esperanza cautelosa, sino a una arrasadora esperanza, tan fuerte que sea igual en tamaño a todo lo que hemos sufrido. En 1993, veinte años después de la madrugada en que se inició el golpe de estado en Chile, vi la escritura en el desierto de Atacama y efectivamente solo podía ser vista completa desde la altura. Está entonces la esperanza ¿pero esperanza de qué? Esperanza de que el león patee al lado del cordero (Isaías), esperanza de que “No amada” sea amada (Oseas). Como me lo dijera hace poco en un correo el mayor poeta vivo de nuestra lengua, Antonio Gamoneda: Fraternidad con los asesinos un poco antes de matarlos; fraternidad muy a su hora con los suicidas y con quien no ha nacido aún, y con los animales, y con la luz y con la ausencia de la luz, y con *las ciudades de agua* y con las de secano; fraternidad con cuanto existe y con cuanto no existe pero quizá pueda, un día, existir. Y si no puede existir, fraternidad con ello también.

En un mundo de víctimas y victimarios la poesía es la esperanza de lo que no tiene esperanza, es la posibilidad de lo que no tiene absolutamente ninguna posibilidad, es el amor de lo que no tiene amor. Quemada en ciudades que siguen ardiendo para siempre, triturada en sagas que jamás debieron haber existido, en cantos que nunca debieron haber sido cantados, en tragedias que debieron evitarse, la poesía ha sido mi militancia en la construcción del Paraíso, aunque absolutamente todas las evidencias que tenemos a mano nos indiquen que ese propósito es una locura. Terminó con el poema final de *Anteparaiso*:

Entonces, aplastando la mejilla quemada
contra los ásperos granos de este suelo pedregoso
—como un buen sudamericano—
alzaré por un minuto más mi cara hacia el cielo
llorando
porque yo que creí en la felicidad
habré vuelto a ver de nuevo las irrefutables estrellas.

Me refiero a las opacas estrellas que desde hace 42 años continúo mirando desde el fondo de un barco, en mis pesadillas, en mi horror, en mi amor y en mi esperanza.

Muchas gracias.



- Discurso de bienvenida al Sr. Raúl Zurita Canessa al Claustro de Doctores de la Universidad de Alicante, por parte del rector de la UA Manuel Palomar Sanz en la ceremonia de investidura del 5 de marzo de 2015

Molt bon dia a tots i benvinguts a la Universitat d'Alacant!

En primer lugar quiero agradecer a todos ustedes su presencia hoy aquí, en este emotivo acto honorífico de investidura como *Doctor Honoris Causa* del profesor Raúl Zurita.

Especialmente y si me lo permiten al rector de la Universidad de Viña del Mar de Chile, al rector de la Universidad Técnica de Santa María de Chile, al embajador de Chile en España, al embajador de Chile en Alemania, y a todos profesores, profesoras, amigos y amigas chilenos que hoy nos acompañais.

La Universidad de Alicante acoge, en su claustro, al ilustre poeta Raúl Zurita, de dilatada trayectoria artística, académica y cultural vinculada al mundo universitario, y que, desde hace décadas mantiene estrechas relaciones científicas y académicas con nuestra Alicante.

En la *laudatio* se ha puesto de manifiesto la prestigiosa trayectoria de Raúl Zurita, uno de los mejores poetas de la segunda mitad del siglo XX. Y quisiera felicitar al profesor Rovira por la brillante *laudatio* que refleja las extraordinarias aportaciones de nuestro doctor, así como agradecerle la organización del simposio internacional y el conjunto de actividades alrededor de la figura y obra del poeta que hoy homenajeamos. Y deseo hacer extensible este agradecimiento y felicitación a las profesoras Carmen Alemany y Eva Valero.

Pero, permitanme, que antes de centrarme en aspectos destacados de la obra de Zurita, trace las líneas institucionales que imbrican con este significativo *Doctorado Honoris causa*.

En el acto de apertura del presente curso académico se trazaron las principales líneas estratégicas que se pretenden llevar a cabo durante este curso académico en el marco del (35) trigésimo quinto aniversario de nuestra universidad y basadas en el plan estratégico.

Además de la mejora constante en la calidad de la formación universitaria; y de la necesaria excelencia en la investigación y en la transferencia de conocimiento, como elemento decisivo para mejorar la productividad y la competitividad económica, seguimos potenciando los vínculos con nuestro entorno institucional, económico y social más próximo, en línea con las claves estratégicas de un Espacio del Conocimiento socialmente responsable.

Así la Universidad, a través de un conjunto de iniciativas y actuaciones diversas, sigue favoreciendo la inclusión social, y se constituye en instrumento útil para mejorar el bienestar, elevar los niveles de desarrollo, fomentar la creatividad y favorecer la transmisión de valores.

En consecuencia, la universidad, en estrecha cooperación con los poderes públicos, las empresas y otras instituciones de la

sociedad civil, apuesta por el desarrollo de proyectos, a escala del territorio y de su entorno, que conecten fecundamente la formación y la investigación con las necesidades del entorno, al tiempo que establecen mecanismos de engarce con el sistema productivo y facilitan el emprendimiento y la inserción laboral de los titulados.

La Universidad de Alicante abrió una extensión de la sede de la ciudad de Alicante, en el corazón de la ciudad de Alicante, el edificio de San Fernando, próximo al edificio de Ramón y Cajal, donde ambos constituyen la Sede Ciudad de Alicante. Un nuevo edificio que desde su apertura el pasado noviembre se está convirtiendo en un punto de referencia para los jóvenes universitarios tanto por sus salas de estudio, como por los encuentros de jóvenes y empresas, espacios de creatividad artística y cultural, conferencias o jornadas científicas. Todo un éxito para la Universidad y para Alicante que refuerza nuestra presencia en la ciudad de Alicante.

Para seguir con las propuestas estratégicas de la Universidad de Alicante y con su aportación al presente y al porvenir de la provincia, el impulso a la internacionalización es una apuesta irrenunciable en varias dimensiones y direcciones.

La Universidad de Alicante tiene firmados convenios de movilidad y es socia de más de 700 universidades en más de 100 países repartidos entre los cinco continentes. Somos conscientes del potencial de esta extensa y tupida red de relaciones, no solo para la universidad, como embajadora y carta de presentación de la provincia, sino para sus ciudades y, potencialmente, para sus instituciones y empresas.

Somos conscientes del hecho de que el español sea, según el Instituto Cervantes, la segunda lengua nativa más hablada del mundo, tras el chino mandarín, y el segundo idioma de comunicación internacional.

Nos haríamos, me parece, un flaco favor si no consideráramos los estrechos vínculos que nos unen con los países latinoamericanos. Si no tuviéramos en cuenta su potencial y el mutuo beneficio que podríamos obtener de una colaboración más estrecha con ellos. Uno de los objetivos centrales del III Encuentro Internacional de Rectores era impulsar un Espacio Iberoamericano del Conocimiento socialmente responsable. Y huelga decir que un proyecto a tal punto ambicioso requiere de actuaciones en varias dimensiones interconectadas.

La internacionalización exige un conjunto de cambios extensos y profundos, una verdadera estrategia transversal que debe reunir los esfuerzos concertados de investigadores, personal docente, estudiantes, personal de administración y servicios y de todos los implicados en la gestión de la universidad. Y más allá de las universidades, de la administración, eliminando y simplificando trámites burocráticos de convalidación y de visados, que activen el proceso.

Huelga señalar, además, hasta qué punto el incremento de la internacionalización y la movilidad es no solo una oportunidad para atraer talento de alumnos y profesores potenciales, sino para corregir en el futuro la caída de la demanda interna de educación superior por el descenso de la natalidad, evitando la crisis o el cierre de titulaciones.

Nuestra Universidad tiene, desde su creación, un compromiso académico, científico, cultural y social, con América Latina, mantenemos convenios con numerosas universidades de todos los países de esta región del mundo.

Ahora me gustaría destacar algunas acciones estratégicas y alianzas que muestran nuestra estrecha relación y compromiso con América Latina:

En primer lugar, nuestra Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes cuyo objetivo principal es la digitalización y difusión de la cultura hispánica.

Fue creada en 1999 por iniciativa de la Universidad de Alicante y con el patrocinio del Banco Santander y la Fundación Marcelino Botín. Actualmente está gestionada por la fundación “Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes” y^U presidida por Mario Vargas Llosa, *doctor honoris causa* por nuestra universidad.

La Biblioteca Virtual fue inaugurada el escritor contemporáneo Mario Benedetti en el año 2000 cediendo su imagen, su voz y sus palabras;

En 1997, Benedetti fue nombrado *Doctor Honoris Causa* por la Universidad de Alicante (fue su primer nombramiento como *Honoris Causa* y fue el primer latinoamericano que entró por ese procedimiento en nuestro Claustro de Doctores)

Hoy nuestra biblioteca virtual se enriquece con la nueva biblioteca de autor Raúl Zurita, con la cesión de su voz y su palabra. Y hoy también tenemos el honor de nombrar a Raúl *Doctor Honoris causa*.

En segundo lugar, nuestro Proyecto Habana que nace en 1996 de un acuerdo entre la Universidad de Alicante y la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, oficina dirigida por D. Eusebio Leal Spengler, *Doctor Honoris Causa* por la Universidad de Alicante, que tuvo como objetivo principal la rehabilitación de La Habana Vieja declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad por UNESCO en 1982.

Desde el curso 2006, la Universidad de Alicante tiene un convenio con el ministerio de educación superior para desarrollar actividades bajo el paraguas del Proyecto Habana que tiene como objetivo ayudar a las universidades cubanas y otras instituciones con competencias en Educación Superior a desarrollar enseñanzas e intercambios científicos tendentes a mejorar la formación en áreas especialmente susceptibles para el desarrollo económico, social y cultural del país.

En tercer lugar, el Centro de estudios Mario Benedetti y la literatura chilena con los recuerdos nerudianos

En 1999 se celebró en Alicante el Coloquio *Pablo Neruda con la perspectiva de 25 años*, que contó con la participación de especialistas chilenos y europeos.

En 2004 tuvo lugar el Seminario Internacional *Centenario de Pablo Neruda: Neruda y la tradición literaria*.

Un seminario al que asistieron escritores y personalidades de la literatura chilena como Volodia Teitelboim, y grandes especialistas como Alain Sicard, Jaime Cocha, Giuseppe Bellini.

En mayo de ese mismo año 2004 se colocó el mural que tenemos en la entrada principal del Aulario II de Jimena Ahumada, dedicado a Pablo Neruda.

Merece recordar también el encuentro con el poeta chileno Gonzalo Rojas en mayo de 2001. Y las visitas de Zurita a la UA: en 2004 y 2013. O La presencia del embajador de Chile en España y la de varios creadores chilenos ese año con motivo del centenario de Pablo Neruda.

En cuarto lugar, destacar los numerosos proyectos de cooperación financiados por la Unión Europea, los cursos y seminarios, los proyectos de investigación, los doctorados, son muestras de nuestra relación con América Latina

Estos son algunos de nuestro lazos que nos unen con América Latina, y que es nuestro propósito intensificar a través de la creación de un centro de excelencia académica con América Latina que además de vertebrar y coordinar las actividades mencionadas, incrementa nuestra presencia y compromiso a través de la oferta de títulos, de proyectos de investigación, de programas de doctorado, de Erasmus plus, de intercambios de profesores y estudiantes; en definitiva de una estrategia conjunta y alianza singular con instituciones y países latinoamericanos

Y hoy durante estos días reforzamos nuestro compromiso con Latinoamérica, con Chile a través de esta investidura de Raúl Zurita como *Doctor Honoris Causa*.

Si toda la obra de Raúl Zurita está atravesada por su vida, hay un capítulo principal que marca todo su devenir posterior. El golpe de Pinochet de aquel 11 de septiembre del 73, y todo lo sucedido después, cambió su vida. Y por ello se convertiría, a su pesar (como él mismo manifiesta siempre) en tema clave de su obra, por lo que la memoria histórica de Chile se convierte en un eje que atraviesa de principio a fin toda su trayectoria; si bien en su último libro, *Zurita* (2011), así como en libros anteriores, vemos cómo ese hecho histórico concreto se convierte en el camino que le permite profundizar en lo humano en general. De modo que la obra poética de Zurita se cifra, finalmente, en la humanidad toda, a la que el poeta llega siempre desde lo individual, lo real o lo histórico. Por ello uno de sus poemarios más célebres, el *Canto a su amor desaparecido* supera “la coyuntura espacio-temporal de los abusos de la dictadura en Chile para erigirse en un canto universal de dolor y memoria” (Edmundo Garrido). Y de ahí también el título de su último libro, *Zurita*, que lejos de cualquier egolatría, debe interpretarse como el camino que le permite profundizar en lo humano, desde el propio ser en su individualidad, tal y como el poeta ha planteado en diversas ocasiones, y que resume en un concluyente: “todos somos uno”.

En este último libro, que el propio Raúl Zurita depositó en mis manos ahora hace dos años, en su última visita de 2013, la historia se mezcla con la autobiografía y con la naturaleza chilena como constantes que lo recorren. Un libro en el que naturaleza y cultura nos lleva siempre al mismo punto de partida: el memorial de la desolación, pero también el memorial de la esperanza; en un devenir histórico que es, finalmente, el de la humanidad.

Hoy fortalecemos nuestro compromiso científico, académico, cultural y social con América Latina y con Chile en particular, y quisiera manifestar nuestra más sincera felicitación y agradecimiento al poeta Zurita, por su apoyo a la Universidad de Alicante y por su compromiso social, artístico y cultural.

¡Muchas gracias y buenos días!

ÁLBUM FOTOGRÁFICO DE LA CEREMONIA





**DOCTORES HONORIS CAUSA POR
LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE**



-
- Eusebio Sempere 1984
José Pérez Llorca 1984
Francisco Orts Llorca 1984
Alberto Sols García 1984
Russell P. Sebold 1984
Juan Gil-Albert 1985
José María Soler 1985
Severo Ochoa 1986
Antonio Hernández Gil 1986
Abel Agambeguián 1989
Joaquín Rodrigo 1989
Germà Colón Domènech 1990
José María Azcárate y Ristori 1991
Andreu Mas-Colell 1991
Juan Antonio Samaranch Torelló 1992
Manuel Alvar López 1993
Erwin Neher 1993
Bert Sakmann 1993
Jean Maurice Clavilier 1994
Antonio López Gómez 1995
Jesús García Fernández 1995
Jacques Santer 1995
Enrique Llobregat Conesa 1995
William Cooper 1995
Eduardo Chillida 1996
Mario Benedetti 1997
Gonzalo Anes y Álvarez de Castrillón 1998
Enrique Fuentes Quintana 1998
Luis Ángel Rojo Duque 1998
Juan Velarde Fuertes 1998
Elías J. Corey 1999
Ramon Margalef i López 1999
Enric Valor i Vives 1999
Bernard Vincent 2000
Ignacio Bosque Muñoz 2000
Humberto López Morales 2000
Tyrrell Rockafellar 2000
Manuel Valdivia Ureña 2000
Gonzalo Halffter Sala 2000
Eduardo S. Schwartz 2001
Johan Galtung 2002
Immanuel Wallerstein 2002
Alonso Zamora Vicente 2002
Miquel Batllori i Munné 2002
Antoni M. Badia i Margarit 2002
Robert Marrast 2002
Ryoji Noyori 2003
Manuel Albaladejo 2003
William F. Sharpe 2003
José María Bengoa Lecanda 2004
M.^a Carmen Andrade Perdrix 2006
Antonio García Berrio 2006
Pedro Martínez Montávez 2006
Muhammad Yunus 2006
Alan Heeger 2007
Robert Alexy 2008

Eugenio Bulygin 2008
Eliás Díaz García 2008
Ernesto Garzón Valdés 2008
Mario Vargas Llosa 2008
Boris Mordukhovich 2009
Jane Goodall 2009
André Clas 2010
Manuel Seco Reymundo 2010
Avelino Corma Canós 2011
Ramon Pelegero Sanchis 2011
Deborah Duen Ling Chung 2011
Alan Loddon Yuille 2011
José Luis García Delgado 2011
Eusebio Leal Spengler 2011

Marilyn Cochran-Smith 2012
Linda Darling-Hammond 2012
Gloria Ladson-Billings 2012
Filippo Coarelli 2012
Carlos de Cabo Martín 2012
Daniel Pauly 2013
Tomàs Llorens Serra 2013
Consuelo López Nomdedeu 2014
Afaí I. Meleis 2014
Gérard Dufour 2014
Gérard Chastagnaret 2014
José Luis Romanillos Vega 2014
Gabriel Tortella Casares 2014
Raúl Zurita Canessa 2015